



I.

PATETA.

Si no fuera por ese privilegio maravilloso y descomunal que se ha otorgado á los novelistas para descubrir lo más recóndito, leer lo que aún no está escrito, y hasta hablar de lo que no entienden una jota, apuradillo me viera yo en este instante para describir el lugar de la escena con que doy comienzo á la presente historia. Tan oscura es la noche, tan deshecha la tempestad, tan profunda y angosta la hoz en cuyo esófago mismo hemos de penetrar para ver lo que allí pasa.

Cierto que, siguiendo los procedimientos de muy acreditadas escuelas, alguien en mi caso intentara un esfuerzo de inducción, aplicando ora el oído, ora las narices, ora las manos, allí donde los ojos son inútiles por la intensidad de las tinieblas; y anotando este rumor y aquel estruendo, cierto tufillo de sótano ó de ortigas

ó de musgo; tal cual aroma de *poleos* y zarzamora, y haciendo con todo este acopio una discreta y erudita excursión por los campos de la geología, de la química orgánica, de la física experimental y hasta por la *Ley de aprovechamiento de aguas*, llegara á darnos, no ya las partes componentes del misterio, sino su panorama en realce, con su flora y su fauna correspondientes. Yo admiro tan ingeniosa sapiencia; pero sin rubor declaro que no la poseo, y que, por ende, no intento salir del apuro valiéndome de tales procedimientos. Lo mismo fuera meterme con los ojos cerrados entre el fragor de un terremoto.

Novelista, aunque indigno, al privilegio me agarro, y amparado con él, allá va en cuatro palabras la descripción del cuadro, como si viéndole estuviera á la luz del mediodía.

Presupuesto que el lector sabe lo que es una hoz, repítome que la de mi cuento es muy angosta, lo que es causa de que el río tenga poco espacio en qué tenderse, y de que se estire y se retuerza, en su afán de salir cuanto antes á terreno despejado. Alzanse los dos taludes de las montañas casi á pico; circunstancia que no les impide estar bien revestidos de césped y jarales, y muy poblados de robles, alisos y abedules; ¡y es de ver cómo estos árboles se agarran á las laderas para tenerse derechos, y

alargan sus copas á porfía para recoger al paso los pocos rayos del sol que se atreven á colarse por aquella rendija!

El áspero graznido de la *ronzuella*; el grito lamentoso del cárabo solitario; el susurro de la brisa entre el follaje, y el sordo murmurar del río oculto en las asperezas de su cauce, son de ordinario los únicos ruidos de aquella soledad melancólica y bravía. Los caminantes que la atraviesan á lo largo, oyen el son de sus cantares, repercutido en los repliegues de los taludes; y hasta un suspiro halla en ocasiones eco misterioso que le repita y le propague. Nada más tranquilo que aquella naturaleza lóbrega y meditabunda. ¡La calma de los volcanes!

Juzgue el lector si la comparación viene á pelo, acercándose conmigo á la embocadura de la barraca en la noche en que comienza este verídico relato.

El río, impetuoso y embravecido por la lluvia torrencial que cae hace dos horas, no cabe en su estrecho cauce, y muge espumoso, y salta y se despeña, y se lleva por delante árboles y *terveros*, con sus aguas desbordadas, que garras parecen con que trata de asirse á lo que encuentra al paso, asustado de su vertiginosa rapidez. En tanto, el huracán, oprimido entre los muros de tan estrecha y retorcida

cárcel, silba y brama haciendo á ratos enmudecer al río; y troncos poderosos, y débiles arbustos, y rastreros matorrales, se inclinan á su paso, dejando oír sobre sus copas desgredadas, al herirlas el pedrisco, el estridente machaqueo de una lluvia de perdigones sobre láminas de acero. Por imposible se tuviera que sobre estos ruidos juntos llegara á descollar otro más fuerte; y, sin embargo, cosa de juego parecen cuando, muy de continuo, retumba el estallido del trueno, y crece y se multiplica de cueva en cueva y de peñasco en peñasco. Entonces, al iluminar los relámpagos el temeroso paisaje, los robustos árboles adquieren formas monstruosas. Diríase, al verlos tocar el suelo con sus ramas, y enderezarse luégo entre los cien caprichos de la sombra, que son gigantes empeñados en cruenta batalla, y que, en grupos desordenados y tumultuosos, riñen y se abofetean, se insultan y se enardecen con la tremenda voz de la tempestad deshecha.

Á los habitantes de las tierras llanas les es muy difícil formarse una idea de estos furoros que aparecen, estallan y se disipan en dos horas. Los mismos montañeses de los valles abiertos se dan escasa cuenta de la facilidad con que se desborda un río entre dos montañas de rápidas vertientes, y de cómo retumban allí los truenos, y brama el viento mismo que en

sus praderas y cajigales pasa sin causar el menor estrago.

Quiero decir que no son peras de á libra en la Montaña espectáculos como el que voy describiendo, sobre todo en verano; y por ende, que no crea el lector que este modo de comenzar un libro implica la necesidad de que corresponda la magnitud de la escena á la grandiosidad del escenario. Y así es, en efecto. Todo lo que tengo que decirle, después de lo que le he ponderado lo temeroso de la tempestad, es que mientras duró su mayor furia, á menos de la mitad de la Hoz, en el angosto sendero que serpentea á algunas varas sobre el río, en la vertiente de la izquierda, dos hombres, uno á pie y otro á caballo, permanecían agazapados y al abrigo de un espeso matorral. Habían entrado en la Hoz al estallar los primeros truenos; y como este camino puede recorrerse en media hora, andando sin tropiezo, pensaron salir á la otra parte antes de que se desencadenase la tempestad. Pero ésta traía más andar de lo que parecía. Comenzó á arreciar el viento; la lluvia les azotaba el rostro, y el sendero, no obstante la luz de un farolillo que llevaba el de á pie, iba haciéndose intrasitable por momentos. Desde lo alto de los taludes y donde quiera que éstos formaban un pliegue, descendían rápidas y bramadoras cas-

cadadas, arrastrando con el agua tierras y pedruscos que interceptaban el camino, cuando no se llevaban por delante el pedazo correspondiente. Con el fragor de la tormenta, no se dejaban oír del caballero las advertencias del hombre de á pie, más práctico que aquél en el camino que seguían, cada vez más resbaladizo y peligroso. Era urgentísimo aprovechar el tiempo, porque los riesgos de muerte iban creciendo por instantes. A falta de palabras, con señas expresivas excitaba el hombre del farol al caballero á que le siguiera á buen andar; en lo que no siempre era obedecido, porque la cabalgadura harto tenía que hacer con pisar en firme y defenderse de la cellisca metiendo la cabeza entre los brazos. Así caminaron durante media hora, hasta que habiendo llegado á un sitio en que una peña coronada de malezas formaba una media gruta, se armaron á ella entrambos caminantes. Estaban abrigados del viento, ya que no por completo de la lluvia.

Comenzó el espolique por poner en el suelo el farol; y el garrote que llevaba en la otra mano, arrimado á la peña. Después se quitó el chambergo; le volvió las alas al revés; le retorció entre sus manos para que soltara el agua que había empapado, y, por último, le golpeó contra las asperezas del peñasco. Con la cha-

queta hizo otro tanto; y quizás hubiera sometido los pantalones al mismo procedimiento, si el lodo con que estaban revocadas las perneras le hubiera dejado por dónde agarrarlas para desprenderse de ellos.

Mientras esto hacía el de á pie, el río seguía mugiendo, el viento rebramando, el agua cayendo, aunque no en tanta copia como antes, los truenos en todo su furor; y el caballero, sin apearse, envuelto en su capotón impermeable, que le cubría de pies á cabeza, inmóvil y negro como su cabalgadura, asemejábase á una estatua esculpida en carbón de piedra. En el relativo sosiego y bienestar que disfrutaba, tal vez se entretenía en meditar sobre lo que seguramente no se le había ocurrido mientras necesitó todas las potencias de su alma para salir del atolladero del mejor modo posible. Es casi seguro que jamás se había visto á sí propio tan diminuto y miserable. Sin contar el rayo, ni el viento furioso, ni el río desbordado, que podían pulverizarle, arrastrarle como á una pluma, ó sorberle como á una sabandija, la menor cosa de las que había sobre su cabeza y tuviera el capricho de dejarse rodar montaña abajo, podía sepultarle en un segundo, ó hacerle una tortilla, sin que sus quejas ni sus esfuerzos valieran más que el débil pataleo de la hormiga con que no se preocupa la

humana soberbia cuando las aplasta á centenares con el pie. Es seguro que no iban por este lado las meditaciones del espolique. Hombre más rudo que el otro y más avezado á tales aventuras, sólo se ocupaba de tiempo en tiempo en sacudirse el agua de encima, como perro de lanas al salir del río, y en estudiar en el cielo el curso de la tempestad. Cuando estallaba el trueno movía mucho los labios, señal de que rezaba, mirando de reojo á su acompañando que parecía no conmoverse con nada. Toda conversación era imposible allí: la angostura de la Hoz estaba llena de los ruidos de la naturaleza; y aun andaban tan apretados y revueltos, que hasta las montañas temblaban y se estremecían no pudiendo echarse más atrás. No quedaba el menor espacio para la débil vocilla del hombre.

Así transcurrió cerca de una hora. Entonces cesó la lluvia por completo; el viento llegó á ser hasta tolerable; agotáronse las cascadas de las laderas por secarse la fuente que las producía, y los truenos se hicieron más raros, aunque no menos fuertes.

Observólo el espolique, y dijo, mirando al de á caballo:

—¿Andando?

—Cuando quieras,—respondió éste, que no deseaba otra cosa.

Y los dos tomaron el sendero agua arriba, delante el espolique, y siguiéndole á muy corta distancia el caballero.

—¡Vaya una noche de perros!—dijo éste.—Y ¿no había mejor camino que el que traemos para ir adonde vamos?

—Por todas partes se va á Roma, como dijo el otro—respondió el espolique:—todo el aquel está en ir por derecho ó en rodear medio mundo. Tocante á lo presente, entre el valle de usted y el mío, no hay otro paso que el de esta hoz.

—¡Parece que el huracán nos estaba aguardando en ella!

—Era de esperar, señor, según la nube que había y lo caliente del aguacero cuando salimos de Perojales... Pero ya se va pasando, gracias á Dios.

—Me alegro por el miedo que llevas.

—¡Caráspitis!... ¡miedo yo?... Respeto, podrá que sí, porque siempre se le tengo á Dios, y mayormente cuando se enfada como esta noche... ¡pero miedo!...

—¿De manera que tú crees que todo el estrépito que nos envuelve es efecto de la cólera divina?

—¿Será usted capaz de no creerlo así?

—Por consiguiente, no estarás muy seguro de que, como pecador, no te parta un rayo...

—Como cada hijo de vecino, señor. Pero como para estos casos está en el cielo Santa Bárbara, la rezo una oración que yo sé; y hala que te vas... porque, según dice un libro que yo leí cuando andaba en escuelas menores, «para la ira de Dios no hay castillo fuerte;» y si el enfado es conmigo, el rayo me ha de partir, mé-tame donde me meta.

—Entonces, ¿para qué Santa Bárbara?

—Hombre... porque nunca está de más.

—Me gusta esa conformidad.

—Pues mire usted, señor: que valga, que no valga, con ella me arreglo tan guapamente para andar por estos senderos y otros amejaos, de día y de noche, sin temor de cosa alguna... Y eso que dicen lenguas que si estos temporales los traen conjuros que se hacen á gentes con sus mases y sus menos de demoniura, y que si estos truenos y pedriscos son los *mengues* que ajuyen del hisopo del señor cura cuando lee los Evangelios...

—¿Todo eso dicen?

—Como usted lo oye... Pero yo, ni por esas... Mucho cuidado ahora, señor, que estamos en un mal paso: aquí mesmamente, onde tengo el pie... Hay más de veinte varas á plomo hasta el río... Venga el ramal del freno... Poco á poco... poco á poco... ¡Ajajá! ¡ya estamos en seguro!... A bien que la caballería, aunque no

es muy jampuda, es firme de pie... Pues, como iba diciendo, que vengan rayos y centellas; porque mientras yo me agarre á esta... ¿La ve usted bien?

Y al hablar así el de á pie, vuelto hacia el de á caballo, le mostraba una cruz formada con el pulgar y el índice de su mano derecha, mientras con la izquierda arrimaba el farol á ella.

—¿La ve usted bien?—insistió.

—Perfectamente, amigo,—respondió el otro sonriéndose, como si penetrase la intención del espolique.

—Pues ahora —concluyó éste,—que vengan... ¡Santa Bárbara bendita!

Hizo esta invocación el buen hombre tapándose los ojos con la mano; porque hubiera jurado que las llamas sulfúreas del averno brotaban de las aguas del río y por todas las henduras de las peñas, y que los montes se desplomaban sobre su cabeza. No se había oído en toda la noche trueno más horrisono, ni se había visto relámpago más deslumbrador, ni intervalo más breve entre uno y otro. Al choque de aquella tremenda descarga, rodó un peñasco hasta el río desde la cumbre del monte del otro lado. Hízoselo observar el caballero al de á pie, y le dijo en son de broma, aunque no sin emoción:

—Resueltamente no van con nosotros estos fureros celestiales.

—¡Caráspitis, qué chanzas gasta usted en cosas tan serias!

—Pues mira, te declaro, con toda ingenuidad, que estoy deseando salir cuanto antes de estas peligrosas estrecheces.

—Vamos, eso quiere decir que algo se teme.

—Figúrate que en lugar de herir el rayo á ese peñasco que ha rodado enfrente, le da la gana de desgajar uno de los que hay sobre nosotros... y ayúdame á sentir.

—Eso hubiera jurado yo que sucedía, señor... ¡Válgame Santa Bárbara bendita, qué noche!... Le digo á usted que otra como ésta no ví jamás. Ni aunque se hubiera desatado en la Hoz el mismo P...

Y tapóse la boca el hombre, sin pronunciar la palabra por entero. Sonrióse el de á caballo, y dijo:

—*Pateta* quisiste decir.

—No niego la verdad, señor.

—Y temiste que yo me ofendiera.

—Relative á ese caso... no sé qué decirle.

—Ya sé que me llamáis así.

—¡No es poco saber, que digamos!

—Á no ser sordo...

—Pues vaya todo por el amor de Dios.

—¿Y cómo te llamas tú?

—Pusiéronme por nombre Judas, con perdón de usted; pero hablándole con franqueza, Macabeo me llaman las gentes, y por Macabeo respondo, porque no hay injuria en ello.

—Me parece bien. Pues tampoco yo me ofendo de que me llaméis *Pateta*: antes me hace gracia.

—¡Yo lo creo!—exclamó el espolique, con tal acento de ingenuidad, que hizo soltar la carcajada al caballero.

Quedóse un instante perplejo Macabeo, y añadió:

—No veo esa risa muy al *similis* de la cosa.

—Con franqueza, Macabeo, y como si te confesaras conmigo: á tí se te viene figurando desde que salimos de casa, y sobre todo, desde que andamos por la Hoz, que á la hora menos pensada me ves escapar monte arriba convertido en nubarrón de azufre.

Ignoro hasta qué punto sería acertada esta suposición del de á caballo; pero me consta que á escondidas de él hizo Macabeo la señal de la cruz, y se encomendó por lo bajo á Santa Bárbara. Después replicó:

—Eso es ya mucho suponer, señor.

—Pues mira, es una suposición que te honra más de lo que te figuras.

—No veo el íte de esa honra.

—Yo haré que le veas. Hay dos cosas, ami-